

DISCURSO

ESCRITO POR

D. RAMON NOCEDAL

PARA LEERLO

EN EL CONGRESO CATÓLICO DE ZARAGOZA

SOBRE

LA NECESIDAD DEL PODER TEMPORAL

DE LA SANTA SEDE.

PRECIO, 2 PESETAS

MADRID:
IMPRENTA DE ENRIQUE MAROTO Y HERMANO,
CALLE DE DELAYO, NUM. 34.
1890.

DISCURSO

ESCRITO POR

D. RAMON NOCEDAL

PARA LEERLO

EN EL CONGRESO CATÓLICO DE ZARAGOZA

SOBRE

LA NECESIDAD DEL PODER TEMPORAL

DE LA SANTA SEDE.



MADRID:

IMPRESA DE ENRIQUE MAROTO Y HERMANO,
CALLE DE PELAYO, NÚM. 24.
1890.

No hallo modo de expresar la turbación que me causa, al comenzar este discurso, considerar en qué sitio y ante qué auditorio lo he de decir.

En este lugar santo, donde sólo se oyen de ordinario la voz del sacerdote, las plegarias del pueblo fiel y los cánticos de la Iglesia, se renueva todos los días el más grande de los milagros, el incruento sacrificio en que Jesucristo desciende perpétuamente á morar entre los hombres y á ofrecerse por ellos perpétuamente en holocausto; y el mudo asombro, la gratitud y el fervor que la consideración de este tremendo misterio pone en el alma, aún en el más tibio crecen y se avivan recordando con cuánto amor y temblor se postraron á adorarle aquí mismo, en el transcurso de diez y siete siglos, tantas generaciones de poderosos reyes y sábios legisladores, famosos héroes y fidelísimos cristianos, tantas legiones de apóstoles insignes, santos gloriosos y mártires sin cuento.

En este mismo templo, pobre y reducido entonces, rigió á un pueblo de mártires y confesores, y enfermo y viejo resistió, sin ceder jamás en un ápice, á todo el poder de Roma, el santo Obispo Valerio; y junto á él reanimaba el fervor de mártires y confesores la voz de fuego de su bendito sócio el santo diácono Vi-

cente, honra de Aragon su pátria, de Valencia donde renació para el cielo en el martirio, de toda la católica España que le cuenta entre sus primeras glorias y más poderosos valedores. Aquí oró despues de haber venerado el Pilar de la Virgen en la entonces pobre y mezquina *Capilla Angélica*, aquella hermosa princesa lusitana, Encrátide, que enardecida con las crueldades de Daciano y santamente envidiosa de sus víctimas, renunció á las grandezas del ilustre prometido que en las Galias la esperaba, y prefirió desposarse de una vez y para siempre, entre indecibles tormentos, con el Divino Amor y las eternas alegrías; y aquí oró con Santa Engracia su noble y numerosa comitiva que tambien quiso acompañarla al cielo, y tambien trocó las grandezas de este mundo por las palmas del martirio. Aquí y en el santo Pilar oraba de continuo aquel humilde esclavo Lamberto, que despues de alcanzar eterna libertad haciéndose decapitar por Jesucristo, quiso asombrar á los vivos levantándose entre los muertos y pregonando la gloria de los santos sobre el monton que formaban los cuerpos de centenares de mártires. A los altares de este templo y al santo Pilar, vinieron á pedir ánimos y alientos, para el destierro á que el tirano los condenó, los innumerables mártires que en saliendo de las puertas de la ciudad fueron asaeteados y cazados como fieras por las decurias romanas apostadas en los caminos; cuyos cuerpos, confundidos y quemados con los de muchos malhechores, milagrosamente se separaron y formaron las blancas y santas masas que Zaragoza guarda y venera en el lugar que lleva el nombre de la mártir Engracia. En una de esas capillas esperan la resurreccion gloriosa, no lejos de los de San Pedro Arbués, los benditos despojos del inocente acólito del Pilar, del santo Niño del Val, que tuvo lá dicha de sufrir pasion y muerte de cruz, en odio y memoria de Nuestro Señor Jesucristo, bajo el poder de los pérfidos judíos, como el Niño de la Guardia y tantos otros. En este sagrado lugar, junto á la columna que está más próxima al presbiterio, del lado de la Epístola, orando á la media noche, cuando el coro cantaba las quejas de Dios contra la pertinacia de los judíos, fué por ellos martirizado el santo inquisidor á quien beatificó Alejandro VII y canonizó Pio IX; y en este mismo ámbito donde ahora suena mi voz con tanta confusion mia, resonó el grito de júbilo y victoria del santo mártir de la Inquisicion al caer en ese suelo tinto en su sangre bendita:—*¡Loado sea Dios Jesucristo, que yo muero por su santa fe!*

En cuanto fué rescatada Zaragoza del poder de los moros, y

despues de rendir gracias á la Virgen en su Pilar, jamás profanado durante la invasion, en esta iglesia se estableció la seo de los Prelados zaragozanos, y en esta iglesia celebraron Alonso el Batallador y sus insignes capitanes la libertad de la ciudad verdaderamente augusta, no ya por el César que la dió su nombre, sino porque la Reina del cielo la hizo un dia escabel de sus plantas y largos siglos fuente de sus misericordias. En este recinto, entonces no tan amplio ni tan suntuoso, se congregaban, en los siglos que pasaron, prelados, nobles y pueblos, á buscar luz y remedio en la presencia de Dios, cuando imaginaban que sus santas libertades estaban en peligro. Delante del altar mayor de este templo solian velar sus armas y armarse caballeros, y se ungian y coronaban, despues de jurar la fe de Cristo y los fueros de estos reinos, los insignes monarcas aragoneses, desde «el »gran rey D. Pedro,» como le llama Zurita, hijo del *Conqueridor*, hasta D. Fernando el Católico, el que con la castellana Isabel fundó la antigua monarquía española. Aquí y al Pilar acudian á implorar el auxilio de Dios los héroes que iban á Italia á reivindicar derechos sagrados, á Grecia á sostener el imperio de la Cruz, y en Grecia y en Italia eclipsaron las hazañas cantadas por Homero y por Virgilio, y en todo el universo mundo pudieron decir con el poeta:

Cesse tudo o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.

Al pié de estos altares rindieron los trofeos ganados y humillaron las frentes victoriosas los que con el rey D. Jáime plantaron el árbol de la Cruz en los muros de Valencia, mientras las armas castellanas y leonesas le llevaban con San Fernando á Córdoba y Sevilla; y aquí y al Pilar vinieron á dar gracias por la salvacion de España los aragoneses que entraron en Granada unidos ya en una sola nacion con los demás españoles: que quiso Dios que cuantos supieron resistir siete siglos á la barbárie musulmana tuviesen la misma parte y gloria igual en el término de la Reconquista y reconstitucion de la pátria comun. Y en esas preciosas bóvedas, en estas gallardas columnas retumbó, ya en nuestro siglo, unánime, atronador, tal y tan grande, que se oyó en todo el mundo y se oirá en todos los siglos mientras los hombres sean hombres, el juramento que Zaragoza hizo, entre el estrépito de las trompetas y el tronar de los cañones, al verse amenazada y cercada por los ejércitos de la Revolucion impía,

ya vencedora de Europa, de no abandonar jamás su Religión ni la bandera de la Virgen del Pilar; y en estos muros resonaron los gritos de combate, los ayes y gemidos de muerte, y por esos suelos corrió la sangre generosa con que los zaragozanos sellaron su juramento.

Aquí los ojos no se hartan de ver maravillas con que el arte rinde el culto que puede á la eterna Belleza; aquí la memoria no se cansa de recordar grandezas de este insigne pueblo aragonés que tanta gloria ha dado á Dios bajo el amparo de la Virgen del Pilar. Aun en las horas en que todo es soledad y silencio debajo de estas hermosas naves, veladas por la luz que entra tibia y misteriosa como si temiese turbar el recogimiento y la paz del templo solitario; cuando no se oye más rumor que el chispear de los cirios, ni se advierte otro movimiento que el de los reflejos de las lámparas oscilando en los mármoles y dorados de los altares; no es posible penetrar sin profunda emoción en este recinto augusto, donde cuanto ven los ojos y la memoria recuerda son plegarias mudas, lecciones santas, altos ejemplos que se apoderan del alma y la mueven á humillarse y abismarse en el acatamiento de Dios.

Mas yo ahora no me veo cercado de soledad ni estoy aquí para recogerme silencioso. Levantado en alto lugar, donde mejor se descubre y yo siento mi pequeñez, tengo delante de mí á los católicos más ilustres de España, á sus oradores más elocuentes, á sus sábios y maestros más insignes; y sobre todo á los guías y caudillos del ejército católico, á los Pastores de la Iglesia española, de quien todos hemos de aprender, grandes y pequeños, sábios é ignorantes; y todos los impulsos de mi alma, turbada y confusa, imperiosamente me empujan á buscar el lugar que me corresponde, el último entre cuantos me escuchan.

Pero si no hubiese venido aquí, si no hubiese procurado cooperar en esta obra con mi pobre voz y mi humilde trabajo, quizá podría imaginarse, alguien dijo ya otra vez, ahora creeria yo mismo que no obedecia bien á la voz augusta que con tanto empeño ha convocado este congreso. No tengo, pues, Venerables Prelados, la presuncion de poder decir nada nuevo á los que me han enseñado cuanto yo pueda decir; no vengo á importunarlos por movimiento propio de la voluntad, que en mí seria presuncion y soberbia; vengo á la voz del Papa y á vuestra voz para obedecerlos. Si la mia os cansa y mi discurso os fatiga, mirad, á lo ménos, que mi principal intento es mostrar mi sumision y dar ejemplo de obediencia.

I.

La tésis que por acaso me ha tocado exponer (yo queria elegir otras y porque estaban tomadas hube de fijarme en esta) se opone directamente á los que dicen que el poder temporal de la Santa Sede es asunto que ya nadie discute en España ni en Europa, que fuera de Italia á nadie interesa, que sólo importa á los italianos, que sólo atañe á la política interior de Italia. Mi encargo es sustentar que, al contrario, «en el restablecimiento de la soberanía temporal del Romano Pontífice están interesados, no solamente su dignidad é independencia, sino tambien el derecho de todos los católicos y el bien de los Estados.» Redúcese, pues, mi trabajo á hablaros de lo que está llena mi alma; de lo que estoy defendiendo, lo ménos mal que puedo y sé, toda mi vida; de la soberanía altísima del Vicario de Jesucristo, á quien debe obediencia toda humana criatura, y que por su misma naturaleza no sufre estar bajo ajena potestad ni en extraña dependencia; de los derechos soberanos de lo que más amo en la tierra, que es mi fe cristiana; del bien supremo de mi patria que única y exclusivamente está en ser católica. Asunto capital que descuella sobre todos cuantos hoy trata el mundo, en términos que ni hay ni puede haber otro, ni para los católicos ni para sus enemigos, que tanto importe é interese; cuestion fundamental que en cierto modo comprende y abarca todas las cuestiones graves que hoy se ventilan, á punto de que ninguna hallará solución hasta que ésta se resuelva, todas quedarán resueltas cuan-

do á ésta se dé solución, y según ésta se resuelva bien ó mal así quedarán todas las demás bien ó mal resueltas; causa bendita que no tiene par ni tolera comparación con ninguna otra causa, á la cual quiero dedicar todas mis pobres fuerzas hasta mi último aliento, á la cual tuve la dicha de ser ofrecido y dedicado, por quien podía disponer de mí, siendo en servicio de Dios, áun ántes de tener personalidad propia para hablar por mí, ni edad ni medios para hacerme oír de los hombres (1).

(1) Cuando el ministerio O'Donnell-Cánovas reconoció el despojo de los Estados-Pontificios, mi padre se opuso y protestó en las Cortes, como es sabido, con toda la energía de su alma y cuanto pudo, á que España cometiese la infamia de asociarse á tamaña iniquidad y consentir en tan horrible sacrilegio. En los discursos que pronunció el 21 y 22 de Febrero de 1866 leyó, entre otros admirables documentos pontificios y episcopales de aquellos días, estas palabras dirigidas al Papa por todos los Obispos de la cristiandad en 1862:

«Has declarado en alta y solemne voz que quieres defender constantemente y conservar inviolables é íntegros el principado civil de la Iglesia romana y sus posesiones temporales y derechos que pertenecen al universo católico; que por lo tanto la protección de la soberanía de la Santa Sede y del Patrimonio de San Pedro pertenece á todos los católicos; que tú estás dispuesto á perder la vida ántes que abandonar en modo alguno esta causa de Dios, de la Iglesia y de la Justicia. A las cuales magníficas palabras nosotros respondemos con aclamación y aplauso que estamos dispuestos á ir contigo á las cárceles y á la muerte, y que humildemente te rogamos que perseveres inmóvil en este constante y firmísimo propósito, dando espectáculo sublime de valor extraordinario y de ánimo invicto á los hombres y á los ángeles.»

Y leído esto dijo mi padre:

«Ya lo veis, señores diputados: los Obispos en defensa de los Estados Pontificios, que injusta y violentamente han sido arrabataados á la Santa Sede, están dispuestos á ir á la cárcel y á la muerte. Pues yo declaro en este sitio que todos los que me han dado sus votos, así en la ilustre y antigua ciudad de Toledo como en la provincia de Navarra, y todos mis compañeros de provincia, y todos los electores y todos los ciudadanos de las aldeas y ciudades están dispuestos á ir con los Obispos á la cárcel y á la muerte ántes que reconocer el despojo que se ha hecho al Padre Santo, al Padre comun de los fieles. Pues yo declaro que ántes de arrancar de mis labios el reconocimiento del reino de Italia, ántes de arrancar de mis labios que yo llame reino de Italia á ese monstruoso conjunto de iniquidades, estoy dispuesto á ir como mis Prelados á la cárcel y á la muerte..... ¡Ah, señores diputados! Quereis hacer como que os reís; pero no lo creo; no os reís; id á preguntar si es cierto á las montañas de Navarra, cuyos habitantes nos han dado sus votos. ¿Y sabeis á lo que estamos todos dispuestos? Pues estamos dispuestos, si el Papa nos lo pide, á dar nuestra sangre y nuestros brazos para defender el territorio que le han usurpado. ¿Vosotros no? Lo siento por vosotros: nosotros sí; yo más que mi persona, más que mi sangre y mis brazos. Un hijo tengo de veintitres años; si el Pontífice le necesita, yo, señores, dispuesto estoy á enviarle en seguida, aunque sea para morir á la sombra de la bandera de la Iglesia en una horrible emboscada como la de Castelfidardo.»

¡Dichosísima muerte en verdad!

La dificultad está, y por eso yo hubiera elegido otro tema para mi discurso, en que la grandeza de éste excede en mucho á mi pequeñez; está, además, en que su claridad y evidencia son tales, que exponerle es demostrarle, y no hay demostración que iguale á su evidencia y claridad; y está, sobre todo, en que, por lo que hace á la razón y el derecho, es asunto completamente agotado por los mejores ingenios de nuestros tiempos, sobre el cual ya no hay que hacer sino repetir lo que ellos dijeron.

Porque si me empeñase en demostraros, con argumentos irrefutables, que «la soberanía temporal de la Santa Sede es una necesidad, y que ha sido establecida por un designio manifiesto de la divina Providencia;» que, «en el estado presente de las cosas humanas, este principado civil es absolutamente necesario para el libre y buen régimen de la Iglesia y de las almas;» que «obra ha sido de singular designio de la Providencia divina que el Romano Pontífice á quien Cristo hizo cabeza y centro de toda su Iglesia haya obtenido un principado civil;» que «esa soberanía temporal de la Santa Sede no ha sido adquirida por la casualidad, sino que le ha sido atribuido por una especial disposición divina, por una larga serie de años, por unánime consentimiento de todos los reinos y de todos los imperios, y corroborado y conservado por una especie de milagro;» me diríais que eso lo proclamaron y demostraron, con mejores argumentos y autoridad inapelable, Pío IX al excomulgar á sus despojadores y dirigiéndose á toda la Iglesia, y la Iglesia universal, con la voz de todos sus Obispos, aclamando, en 1860, la resolución y sentencia de Pío IX.

Si os dijese, por lo que hace al Pontífice, que su reino no es de este mundo, porque vino del cielo y es el reino de Dios entre los hombres; que su autoridad no tiene límites en el espacio, porque se extiende y alcanza á todo el orbe de la tierra, ni en el tiempo, porque ha de durar hasta el fin de los siglos, y su voz dicta sentencias y sus manos atan y desatan en el tiempo para toda la eternidad; que su jurisdicción se levanta sobre toda jurisdicción, porque tiene el imperio de las almas, y en lo espiritual lo mismo obliga á los soberanos que á los súbditos, á los pueblos y á los individuos; que reino tan grande y autoridad tan alta y jurisdicción tan dilatada y soberanía tan permanente, no pueden someterse á los estrechos límites de ningún otro reino, ni á ninguna autoridad temporal, ni estar de ninguna manera sometidos á las vicisitudes y mudanzas de dinastías que pasan, de imperios que se deshacen, de naciones que se trans-

forman y perecen; que necesita Estados propios que se levanten sobre todos los Estados y sean trono permanente y sagrado desde el cual ejerza su autoridad suprema sobre pueblos é imperantes, sociedades é individuos en toda la redondez del globo y en toda la extension de los siglos; si todo eso os dijese me replicaríais que todo eso es verdad, que es concluyente, que no tiene contestacion; pero que ya está dicho con elocuencia que no me es dado igualar (1).

Si, en lo que se refiere al interés de los Estados, os dijera que «sin duda ninguna el poder espiritual es lo principal en el Papa,» y «el temporal es accesorio;» pero «que ese accesorio es necesario;» que «el mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente;» que «el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre sino cuando es soberano, porque sólo el soberano no depende de nadie;» si os dijese que «Roma,» que «los Estados Pontificios no pertenecen á Roma, no pertenecen al Papa,» que «los Estados Pontificios pertenecen al mundo católico,» que «el mundo católico se los ha reconocido al Papa para que fuera libre é independiente,» que «el Papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia;» si os dijese que «la Europa civilizada no puede consentir,» aunque lo haya consentido, «que se desplome la cúpula del edificio de la civilizacion europea,» que «el mundo no puede consentir,» aunque lo esté consintiendo, «que en Roma,» «esa ciudad santa, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y extraña dinastía, la dinastía del crimen,» y «que es necesario que el rey de Roma vuelva á su trono «ó que no quede en Roma piedra sobre piedra;» seguramente me oíríais con gusto, aplaudiríais estas palabras; pero me recordaríais que eso ya lo dijo Donoso con sin igual elocuencia (2).

Y si os dijera que no cabe en humano entendimiento, que es absurdo, que es irracional querer que no tenga soberana independencia el Maestro de las almas cristianas esparcidas por todas las naciones, el que con una palabra puede mover á millones de hombres diseminados por todo el mundo; si os dijese que á los mismos Estados infieles debe importar que quien tiene más influencia y puede más que ellos, con sus súbditos católicos,

(1) Discurso pronunciado por el Dr. D. Francisco Sanchez de Castro, catedrático de la Universidad Central, en la primera sesion pública del primer Congreso Católico español. (25 de Abril de 1889).

(2) Discurso pronunciado en el Congreso el 4 de Enero de 1849.

pues que manda en sus conciencias, no esté debajo del poder de ningun otro Estado rival; si os dijese que, por lo tanto, no ha bastado la infidelidad, ha sido menester la herejía, la apostasía, un odio más poderoso que el propio interés, el odio del renegado para que los Estados cierren los ojos, y pospongan la propia conveniencia al deseo de hacer mal á la Iglesia, y consientan el sacrilego despojo del poder temporal de la Santa Sede, me diríais que eso es de sentido comun, que no es menester hacer discursos, que basta abrir los ojos para ver cosa tan clara.

Yo os podria decir con palabras de Gibbon y Herder, de Laurent y Lauctrey, de Guizot y de Thiers, de protestantes y racionalistas, que jamás en toda la historia del mundo hubo, ni puede haber, soberano ninguno que ostente títulos tan antiguos, tan justos, tan sagrados, tan indiscutibles como los Pontífices para ser reyes de Roma; por el origen de su realeza, por el derecho inconcuso con que la ganaron, por el uso que de ella hicieron, por innumerables hechos con que cien veces la hubiesen ganado de nuevo si no la hubiesen tenido ya: ordenando y dando vida á la sociedad; limpiándola de la corrupcion pagana; salvándola de la barbárie de los germanos y de la barbárie de los sarracenos, de la tiranía de los invasores de afuera y de la anarquía de los demagogos de dentro; creando la Roma de los Papas, cien veces más grande que la Roma de los Césares; enriqueciéndola con todas las maravillas de las artes, de las ciencias y de toda cultura; haciéndola centro y cabeza del mundo civilizado, poniéndola á la cabeza de las naciones, conservándola incólume á través de todos los trastornos que han transformado á todos los pueblos. Yo os podria decir con la tantas veces repetida cita de Odilon Barrot, que es necesario que el sacerdocio y el imperio estén reunidos en Roma para que vivan separados en el resto del mundo. Y yo podria añadir, como testimonio de la humana prudencia y de la sensatez política, la sentencia con que aquel entendimiento soberano en quien Dios quiso

Del creator suo espirito
Piú vasta orma stampar,

atajó los discursos de los filósofos y juristas que buscaban en vano la manera de destronar al Papa sin dejar al mundo desquiciado y convulso:—«Señores: el poder de los Papas lo han hecho los siglos, y los siglos han hecho bien.»

Y en lo que toca al derecho de los católicos, ¿quién podrá per-

suadir á un español que los derechos del Papa no le importan, que la cuestion de Roma es una cuestion interior de la política italiana? Yo podria replicar que el poder temporal de la Santa Sede es de interés universal, y no se fundó por un solo pueblo ni para un pueblo solo; yo podria decir que todas las naciones católicas han sido despojadas y ofendidas en el despojo y ofensa de su Padre, porque es su Padre, porque es el Rey de las almas, porque necesitan que nadie se llame soberano del que gobierna las conciencias cristianas, y además porque la realeza temporal de los Papas la ganaron y consolidaron con su amor y con su sangre todas las naciones católicas; y aún podria añadir que nadie entre los católicos tiene, no ya más derecho, sino mayor obligacion que un español para decir:—la causa de Roma es para mí causa propia, *civis romanus sum*.—Nadie; ni los italianos; ni aun nuestros antiguos y gloriosos compatriotas y hermanos de Nápoles y Milan; ni los mismos romanos; ni mucho ménos los carceleros y verdugos del Papa, que para entrar en Roma tuvieron que hacer pedazos y hundir en el lodo la gloriosa cruz, hasta entonces blanca y pura, de la casa de Saboya.

La paz de la Iglesia, de donde brotó como natural consecuencia y término necesario el poder temporal de los Papas, no se logró, como las humanas conquistas, matando, sino muriendo; la conquistaron haciéndose destrozados en los potros, despedazados por las fieras en los circos, ardiendo en las hogueras, pereciendo á hierro y fuego con espantosos tormentos, ejércitos incontrastables de millones de mártires; su sangre corrió sin medida, creció como mar inmenso que desborda, cubrió y purificó toda la tierra, llevó la paz y la justicia á las almas y á los pueblos, y levantó en el trono de Roma al sucesor de San Pedro, para que desde allí pudiese regir al mundo regenerado; y por aquel mar de sangre corrian torrentes de sangre española; y en aquellos ejércitos de mártires eran tantas las legiones de mártires españoles, que sólo en esta ciudad de la Virgen del Pilar no se pueden contar sus nombres porque fueron innumerables. Si otras naciones europeas enviaron sus mejores hijos, en una y otra Cruzada, á morir en Palestina, España salvó de la barbarie agarena á las naciones que obedecian al Papa y custodiaban su realeza, viviendo en perpétua cruzada por espacio de siete siglos; y cuando otra vez apareció por Oriente la media luna amenazando destruir á la Europa civilizada y al Patrimonio de San Pedro, otra vez los salvó España en Lepanto, otra vez fué nuestra pátria la elegida del

.....Señor, que en la llanura
Venció, del ancho mar, al Trace fiero.

En cuanto acabó de limpiarse de la peste de moros y judíos, España fué quien llevó al otro lado de los mares y dilató por todo un mundo nuevo el imperio del Papa sobre las almas; y tan arraigados dejó allí la fe de Cristo y el amor á su Vicario y todos sus derechos, que despues de tantos años y tantos trastornos y tantas catástrofes, todavía la semilla sembrada por España produce cristianos y mártires como García Moreno; cuya voz, eco glorioso de la antigua fe española, fué la única voz soberana que resonó sobre el concierto infernal de las naciones apóstatas protestando por el Ecuador; con nombre genuinamente español y en la lengua de Cervantes, contra el sacrilego despojo del poder temporal del Papa. Y cuando del seno mismo de la ingratisima Europa se levantó grito de rebelion contra el Pontificado; cuando la antigua isla de los Santos revolvió contra Roma, media Alemania se declaró hereje, Francia transigió con los hugonotes y ayudó contra nosotros á los herejes de Flandes, y casi todas las naciones cristianas faltaron á su vocacion y fueron traidoras á sus destinos providenciales, España lanzó contra la herejía la virtud de sus santos, la gloria de sus instituciones, la ciencia de sus sábios, la inspiracion de sus poetas y artistas, el valor indomable de sus tercios invencibles; y abroquelada en la santa intransigencia y pureza de su fe, España derrotó, acorraló y contuvo siglos enteros á la Revolucion, que sólo al caer España, la historia dice por qué, pudo atreverse á poner mano sacrilega en la soberanía social de Jesucristo y en la soberanía temporal de su Vicario.

¿Qué sólo importa á Italia, que no nos importa á nosotros la suerte del Vicario de nuestro Dios? ¡Ah! Podrá ser, en castigo de nuestros pecados, que no tengamos fuerza ni poder para acelerar el triunfo de la verdad y la justicia; será posible, en pena de nuestras culpas, tenernos atados al carro triunfal de la Revolucion y sostener, con nuestro dinero, amistad íntima con los carceleros del Papa; podrán nuestros pecados y nuestra desdicha impedirnos amordazar la boca que vomita injurias ó desprecios á nuestro Santísimo Padre; mas todas las fuerzas de la tiranía no podrán arrancarnos el derecho y la gloria de saber, y sentir, y proclamar mientras tengamos aliento, que quien diga que á España no le importa del poder temporal de los Papas, ni es ca-

tólico ni merece llamarse español, ni es fiel á su fe ni es fiel á su pátria; porque ese poder temporal es garantía del poder espiritual; y porque ese poder temporal fué conquistado, sostenido y hecho respetar por nuestros padres hasta los últimos confines del mundo, con tesoros de amor, con milagros de heroismo y con raudales de sangre española.

II.

Pero, ¿á qué repetir lo que tantas veces y de tantas maneras se ha dicho, sin obtener nunca racional contestacion? En razon y en derecho éste es asunto completamente discutido é inapelablemente juzgado; y todo lo que puede hacerse, teniendo mayor habilidad que la mia, es ordenar y exponer concertadamente esas razones, como se explican en cátedra las verdades mejor demostradas, y arrojarlas al rostro del adversario, haciéndole notar que ni las ha contestado hasta aquí ni las contestará jamás porque son incontestables. Mas como quiera que yo no nací para maestro ni expositor, ni siquiera sé disertar metódicamente entre amigos, y sólo estoy hecho á pelear con los adversarios en avanzadas y guerrillas de mucha fatiga pero de poca importancia, permitidme que, en vez de demostraros lo que teneis tan sabido, y dando por asentado lo que no tiene respuesta, me vuelva á los que contradicen ó desdennan la causa del Pontífice-Rey, y discutiendo con ellos, me limite á ponerles de manifiesto su locura.

Porque yo presumo que si ellos estuvieran delante y tuviesen que hablar despues que yo, á lo que llevo dicho responderian en éstos ó parecidos términos:

—¡Cómo! ¿Todavía el Papa? ¿Y no sólo con la pretension de doctrinar á las almas que le quieran oír, sino de recobrar un trono desde el cual enseñar y dirigir, como luminar mayor puesto en la cima del monte, á los poderes de la tierra, igual á ellos

en cuanto rey, y superior á todos como Pontífice? ¿Y eso no como quien solicita una merced, sino como quien exige lo que absolutamente se le debe? ¿Y eso no ya sólo por su propio interés y de los católicos, sino para bien de los Estados que unánimes han resuelto ser como dioses y vivir á sus anchuras sin más ley que su voluntad? Pero, ¿no estamos en el siglo XIX? ¿Aquí no ha pasado nada desde los días bárbaros de Carlomagno, los hervores místicos del siglo XIII, ó los ominosos tiempos de Carlos V y Felipe II? Ya hace tres siglos que Lutero proclamó la humana independencia, y á su voz despertaron Alemania é Inglaterra, sacudieron el yugo de la tiranía romana, y quedó rota para siempre la antigua unidad europea y desgarrado y ruinoso el imperio secular de los Papas; ya hace dos siglos que se hundió para siempre, en la paz de Westfalia, la preponderancia española con todas sus intransigencias, la herejía quedó sin freno, y Francia dió al libre-exámen carta de ciudadanía en el mundo y asiento en el consejo de las naciones; hace ya un siglo que acabó de estallar la Revolución en Francia, y se derramó como lava de inmenso volcan por toda la tierra, trastornándola toda y revolviéndola con espantosas convulsiones.

«¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.»

En vano alegais títulos jurídicos, muy importantes en vuestro derecho antiguo, completamente ineficaces en nuestro derecho nuevo donde todo procede de la libre voluntad humana. En vano alegais los derechos del mundo católico y de las almas cristianas; trabajais en vuestro daño demostrándonos que el Rey de las almas necesita la soberanía política para ejercer con independencia el poder espiritual: cabalmente lo que nosotros queremos es acabar con el mundo católico y que las almas no tengan más rey que su libertad. Este no es un simple pleito entre partes; esta no es una cuestión de derecho constituido; este es un combate universal y definitivo de doctrina contra doctrina, de creencia contra creencia; y nosotros creemos que el Pontificado es la servidumbre de las almas, es la opresión de los entendimientos, es una amenaza viva y constante contra el progreso y la libertad; es, como dijo nuestro poeta,

«..... el mónstruo.... inmundo y feo
Que abort el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable sólio.»

Vergüenza era para la civilización católica ver en un rincón de Europa á la superstición mahometana vivir con cetro y corona entre los pueblos cultos: más grande horror sería para la civilización moderna consentir que ciñese corona y empuñase cetro la cristiana superstición, que no se contenta con vivir arrinconada, sino aspira el magisterio universal y al supremo dominio del género humano. Para nosotros lo mismo es el Sumo Pontífice que el Gran Turco. ¡Ya no creemos, ni queremos creer! Y no intenteis anonadarnos con el esplendor de los milagros, con el testimonio de las profecías, con todas las otras pruebas de la divinidad de Jesucristo; ni siquiera discutiremos, ni os oiremos siquiera; nos encogeremos de hombros y nos echaremos á reír. Cuando los Estados creían que el Papa era Maestro y guía de las naciones, era natural, era lógico, era necesario que el Papa se sentase en un trono y presidiese sus consejos. Pero los Estados arrancaron ya de sus coronas la cruz que los humillaba; los legisladores extirparon en las leyes el espíritu católico que nos esclavizaba; cayeron las cristianas instituciones y triunfan redivivas las costumbres paganas; se consumió la apostasía universal de las naciones; Europa no es ya de Cristo; su Iglesia no puede aspirar á vivir y ser tratada como reina en un mundo que ya no es suyo, y ha de elegir entre ser perseguida y crucificada como enemiga y rebelde si no se somete á la nueva ley, ó resignarse á vivir consentida y vigilada como la sinagoga judía, como cualquier secta cristiana, como una de tantas religiones, agradeciendo, además, como una limosna la magnánima tolerancia de los vencedores. Lo que no puede ser no es; y no puede ser que el Papa presida á los Estados que no creen en él, ni dirija una civilización que niega y odia de muerte cuanto él afirma y enseña. Y no os forjeis quiméricas esperanzas: podremos ó no aplazar los asuntos de Oriente y buscar en ellos nuevos acomodos; acaso mudemos y cedamos y acaso no en nuestras miras ambiciosas sobre Africa; quizá logremos transigir y quizá acabemos por destrozarnos en los litigios pendientes entre Alemania y Francia, entre Rusia y Alemania, entre Prusia y Austria, entre Inglaterra y Rusia, entre la monarquía y la república,

entre el caqital y el trabajo: sobre el despojo del poder temporal no hay más que hablar, es resultado necesario y forzoso del curso de las ideas y los sucesos; eso ya ni se discute, de eso ya ni se habla en Europa ni en España; en eso estamos todos conformes, y por eso tenemos nuestros embajadores en el Quirinal; en eso no cederemos ni transigiremos jamás.

Así creo yo que es como real y verdaderamente está planteada la cuestion, si se descorren ó apartan los ténues y transparentes velos con que la suelen envolver y recatar la habilidad política, las cortesías diplomáticas y el génio de la confusion. Y entiendo que también así es preciso afrontarla y tratarla.

Pero ántes, y aunque parezca que me desvío de la tésis é interrumpo el hilo del discurso, he de detenerme un momento á recoger el nuevo testimonio que rendís á mi fe, ministros de la incredulidad, con esa declaracion de guerra perpétua y sin cuartel que he extractado de vuestras peroraciones; y á responder á vuestro himno de victoria con otro himno de victoria que por fuerza habia de causar impresion y despertar, cuando ménos, duda y sobresalto en el ánimo más incrédulo, si la incredulidad no extinguiese hasta la facultad de hacerse cargo del valor de las cosas.

¡Os causa maravilla que todavía se hable del Papa en España, y en Europa, y en todo el mundo, despues de todos vuestros triunfos y á pesar de todas nuestras derrotas! Y os maravilla con razon.

A nosotros no puede sorprendernos nada de lo que sucede, ni siquiera vuestras derrotas, ni siquiera vuestros triunfos. De antiguo sabemos que no venimos al mundo á descansar sino á pelear y merecer, porque milicia es la vida del hombre sobre la tierra. Nuestro Señor Jesucristo se lo anunciaba de continuo á los Apóstoles:—«Mirad que yo os envió como ovejas en medio de lobos.» «No es el discípulo más que su Maestro ni el siervo más que su Señor; bástale al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor.»—Y cuando los cristianos, tras largos siglos de martirio y persecucion, creyeron acabados los dias de prueba, y que ya no tendrían más contradicciones hasta la venida del Antecristo, San Agustin les decia:—«La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios;» «y ya en un lugar ya en otro, siempre tendrá que sufrir.» No hay en este valle de lágrimas camino más glorioso que el de la cruz: ¿le habria escogido Jesucristo si hubiese otro mejor? A

nosotros no pueden sorprendernos ni las persecuciones del mundo ni los consuelos de Dios.

Pero á vosotros os digo que no os maravillais bastante, que hablais de asombraros más si lo consideráseis bien. Porque ello es que esos gritos de guerra y esos cantos de triunfo con que atronais el mundo, son los mismos que resonaron ayer, y ántes y siempre en toda la tierra; porque ello es que vuestras voces no son sino eco y continuacion de la voz del género humano, de la voz de todos los siglos publicando en toda la redondez del mundo y en toda la extension de los tiempos, que todas las batallas cesan y se acaban, que todas las sociedades se mudan y deshacen, que todas las cosas perecen y se olvidan, que todo es viento que pasa, humo que se disipa, vanidad de vanidades, ménos una sola cosa que dura siempre, que lo llena todo, que abarca todos los tiempos y todo el espacio, que resiste á todos los combates, que avasalla todos los entendimientos, que conmueve todos los corazones, que influye en todos los sucesos, piedra angular de la historia humana, objeto continuo del mayor interés de todas las generaciones desde que existe el hombre: la accion constante, perenne y decisiva de Jesucristo sobre el mundo.

Mirad, si no, á los comienzos de la historia. En los primeros dias, allí donde

Al ver la noche Adan por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Creyó que, al par del astro moribundo
La creacion agonizaba entera;

allí, en cuanto el hombre pecó y sintió que el alma se le llenaba de sombras, y la tierra de abrojos, y el cielo de tempestades, y la vida de trabajos y dolores nuncios de la muerte; allí va ya á alentarle con la promesa de más espléndido dia una palabra de misericordia, la esperanza de Jesucristo. De la esperanza de Jesucristo, sostenida por las revelaciones de Dios á los patriarcas, por la voz de los profetas y las figuras y sacrificios del Antiguo Testamento, viven las generaciones fieles de todos los siglos que pasan desde el Paraíso hasta el Calvario; y aún los pueblos que se apartan del centro de las tradiciones divinas, más aún con el alma que con el cuerpo, se sienten perdidos entre las nieblas de tantas supersticiones, creen y esperan que ha de nacer el Redentor de los hombres. Sólo el pueblo escogido tiene noti-

cias ciertas del que ha de venir; los demás ignoran su nombre; del lado de allá de Judea, los que siguen á Lao-Tseu, los que adoran á Brahma, los discípulos de Zoroastro, le llaman el Santo, el Justo, el Reparador, y le aguardan hácia Occidente; los romanos, en quien se resume toda la antigüedad, le aguardan por donde nace el sol, y le anuncian las sibilas, y le canta el más grande de sus poetas, y el más grande de sus césares junta, sin él comprenderlo, todos los pueblos cultos en una sola nacion para que mejor vean al que ya va á venir; é impulso irresistible saca de sus selvas á los bárbaros del norte y los arroja sobre el mediodía á conocer y á adorar al que ha venido. La espectacion de Jesucristo es el hecho universal y culminante de la historia antigua.

«No vine á poner paz sino espada,» —dice Jesus:—«vine á poner fuego, ¿y qué quiero sino que arda?» Y desde el punto y hora en que Jesucristo baja del cielo, y es levantado sobre la cruz, y la tierra se conturba, y los cielos se oscurecen, y rugen los huracanes, la vida padece vértigos y la misma muerte, venciada y espantada, deja que se abran los sepulcros y se le escapan los muertos resucitados, la batalla comenzada al pié de la cruz se extiende por todas las naciones y por todos los siglos hasta el día de hoy. Los judíos contra el Mesías, los paganos contra los mártires, los filósofos contra los apologistas, el poder de los emperadores contra el poder de los Pontífices, los herejes y los cismáticos de todos los tiempos contra la Iglesia, la media luna contra la cruz, esa es la historia del mundo hasta el fin de la Edad Media; el libre-exámen contra el Papa, el regalismo cesarista contra la supremacía pontificia, el racionalismo contra la fe, la diosa razon personificada en una bacante contra Dios hecho hombre, esa es la historia moderna, el despojo de la Iglesia, la expulsion de los religiosos, la persecucion de Obispos y sacerdotes, la rebelion contra Cristo de la razon y la conciencia, insurreccion de las potestades de la tierra contra el poder espiritual, la exaltacion de los cultos falsos al nivel ó por encima del único verdadero, la secularizacion de la enseñanza, la prostitucion del matrimonio y la familia, la emancipacion de las sociedades, la deificacion del Estado, en suma, la soberbia humana contra la soberanía de Jesucristo en todos los órdenes de la vida, esa fué desde el principio, y sigue siendo, la historia contemporánea; y cuando la herejía moderna hubo quebrantado los miembros y se sintió fuerte para herirnos en la cabeza, lanzó los ejércitos que tenia más cerca de Roma á arrancar el cetro

de las manos del Vicario de Jesucristo (1). ¿Creeis que con eso ya se acabó la batalla? ¿Imagináis que habeis ganado la victoria definitiva? ¿No os dan cuidado esos pacíficos ejércitos de católicos que acuden todos los días á postrarse delante de su Padre prisionero con más amor y en mayor número que cuando estaba en su trono? Pues oid, oid el bramar de esas otras muchedumbres desarrapadas y hambrientas, sin fe y sin pan, que con la dinamita en la mano, la desesperacion en el alma y la blasfe-

(1) Con esto quiero decir que «la Revolucion, la impiedad, el ateismo «triumfante,» en todas sus manifestaciones y con todos sus representantes y defensores tienen parte en el sacrilego crimen de Roma; porque es claro que sus perpetradores no le hubieran consumado ni le seguirian cometiendo si no estuviesen llenos del espíritu revolucionario, y si no se lo permitieran y les ayudasen las demás potestades del mundo, entregadas, como ellos, á la Revolucion. Pero de ninguna manera quieren consentir en la especie de que quien tiene encarcelado al Papa en los muros del Vaticano, no es propiamente el rey, ni el reino, ni aún el gobierno italiano, que son, á su modo, prisioneros también, á su vez, de la Revolucion y del Papa. Es claro que esto no los disculparia; es patente que con esto, dejarían de tener la responsabilidad de Anas y Caifas, pero no se librarían de la de Pilatos; y es evidente que ellos fueron y son los que directamente, por su voluntad y con entusiasmo, premeditaron, cometieron y explotan el crimen sacrilego con la alevosia y ensañamiento que hemos visto y estamos presenciando. En esto hay que atenderse al orden que es de sentido comun y que puso Pio IX al excomulgar á los detentadores del patrimonio de San Pedro:

«Y así, despues de haber invocado con preces privadas y públicas la luz del Espíritu Santo, despues de haber tomado consejo de una congregacion especial de Venerables Hermanos nuestros, Cardenales de la Santa Romana Iglesia, por la autoridad de Dios Omnipotente y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y por la nuestra, declaramos de nuevo que todos aquéllos que perpetraron la nefaria rebelion de las susodichas provincias contra nuestro dominio Pontificio, su usurpacion, ocupacion é invasion y otros actos semejantes de que Nos lamentamos en nuestras mencionadas alocuciones de 20 de Junio y 26 de Setiembre del año pasado» (1859) «ó alguno de ellos, y asimismo sus cómitentes, protectores, favorecedores, consejeros adherentes ú otros cualesquiera que con cualquier pretexto y de cualquiera modo hayan procurado la ejecucion de las dichas cosas ó ejecutándolas por sí mismos, han incurrido en la excomunion mayor y las otras censuras y penas eclesiásticas impuestas por los Sagrados Cánones, Constituciones apostólicas y decretos de los Concilios generales, especialmente «del Tridentino» (sesion XXII, c. XI de Reform.) «y si es menester de nuevo los excomulgamos y anatematizamos, declarando además que igualmente han incurrido en las penas de pérdida de todos y cada uno de los privilegios, gracias é indultos que les hubieren sido concedidos por Nós ó por los Romanos Pontífices nuestros predecesores; que no pueden ser absueltos ni libertados sino por Nós ó por el Romano Pontífice que á la sazón haya (excepto en artículo de muerte, y entonces caen de nuevo en las mismas censuras si convalecieren) y que son inhábiles é incapaces de recibir la absolucion hasta que públicamente retractaren, revocasen, aboliesen y anulasen todos los atentados, y

mia en la boca, salen furiosas de sus antros, corren en tumulto por las calles, os cercan y os acosan gritando que vuestros días están contados, que no lo habeis sabido hacer, que al poner mano sacrilega en la Obra de la Iglesia habeis desquiciado al mundo, que así no se puede vivir, que os quiteis del medio, que las deis plaza, que ahora les toca á ellas probar fortuna y proseguir la batalla que desde el principio del mundo están riñendo todos los imitadores de Lucifer contra los hijos fieles de Jesucristo.

Eso es desde que el hombre pecó, la historia del género humano: batalla perdurable por Cristo y contra Cristo. En el infierno braman contra Él los réprobos y le maldicen; en el purgatorio gimen por Él las almas y ansiosamente le esperan; en el cielo viven los bienaventurados alabándole y adorándole eternamente; en el mundo, lugar de paso y de prueba, tienen los hombres la tremenda facultad de elegir entre amárle y aborrecerle; pero, en oyendo su nombre y conociéndole, no hay más remedio que elegir, y hacerle guerra ó servirle, y confesándole ó persiguiéndole, atestiguar con el amor ó con el odio que Jesucristo es lo único que de veras le importa al mundo, que á su nombre toda cabeza se inclina y toda rodilla se dobla en la tierra como en el cielo y en los infiernos. Dos mil años hace que lo profetizó Simeon viéndole niño en el templo:—«Este está puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel y por signo de contradiccion;»—y dos mil años hace que el género humano está cumpliendo la profecía. ¿Qué? ¿Decís que vosotros no la quereis cumplir, que á vosotros no os importa de Jesucristo, que vosotros despreciáis á la Iglesia? ¡Infelices! Cuando declarais que el *clericalismo* es vuestro enemigo, y cuando entraís á saco la Iglesia de Dios, y perseguís á sus ministros, y despojais al Papa, y arrojais á Jesucristo de las leyes, y le quereis arrebatar

»plena y efectivamente reintegraren todas las cosas en su primitivo estado, y además dieren justa y cumplida satisfaccion á la Iglesia, á Nós y á esta Santa Sede.

»Por lo cual estatuímos y declaramos por el tenor de las presentes Letras que no sólo aquéllos de que se ha hecho mencion especialísima, pero tampoco sus sucesores en los puestos que ocupan, puedan en virtud de las presentes, ni por ningun pretexto creerse dispensados de la retractacion, revocacion y abolicion de todos los atentados, como arriba se dice, ni de dar real y efectivamente justa y cumplida satisfaccion á la Iglesia, á Nós y á la Santa Sede, y qué están y estarán siempre obligados á hacerlo si quieren recibir el beneficio de la absolucion.»

(Letras apostólicas de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, de 26 de Mayo de 1860, *Cum catholica.*)

la familia, y tratais de matarle en las almas, con cada crimen que cometeis, con cada blasfemia que decís, no haceis sino continuar la batalla que empezó veinte siglos há en Jerusalem: con la misma furia, con la misma saña con que la iniciaron los judíos cuando tenían á Jesus entre las manos, y le llevaban de Herodes á Pilatos, y le vestian de púrpura, y le coronaban de espinas, y le posponian á Barrabas, y se repartian sus vestiduras, y le clavaban en la cruz, y pedian que la sangre del Justo cayese, como cayó, sobre ellos y sobre sus hijos. No hay medio posible: ó rendirse á Jesucristo, ó pelear contra Él y caer y pasar, como cayeron y pasaron los que os precedieron en la insensata pelea; como las nubes de la tempestad que oscurecen la luz en medio del día, y se amontonan pavorosas, y chocan con estrépito, y truenan, y relampaguean, y ponen espanto al mundo, y se deshacen, y pasan, sin empañar siquiera los limpios rayos del sol que sigue perpétuamente señoreando los cielos y la tierra. No hay modo de evadirse, no hay manera de olvidarle, no hay posibilidad de derrocarlo, ni de prescindir de Él, ni siquiera de apartarse; quien con Él no está, contra Él está; quien en esta vida se niegue á seguirle con su amor, le seguirá con sus odios; y quien pertinazmente se empeñe en desprenderse de los brazos de su misericordia, irremisiblemente caerá, por toda la eternidad, en manos de su justicia.

III.

Ante este hecho universal, constante, luminoso, cuya fuerza no se puede negar, sobre cuya significacion é importancia se podrían escribir libros enteros, los sábios y maestros de la incredulidad sólo tienen una salida: hacer de necesidad virtud, alardear de buena fe confesando lo que no pueden negar, y decir poco más ó ménos:

— Es verdad; la grandeza de Jesucristo es colosal, y el mundo todo está lleno de su grandeza. Hasta el día de hoy, ya lo hemos declarado por boca de Renan, Jesucristo es la piedra angular de la historia de la humanidad (1). Nosotros confesamos que ántes de que naciese y despues de ser crucificado, lo mismo que cuando vivia en carne mortal entre los hombres, ha sido y es todavía el centro alrededor del cual gira y se mueve el género humano, y la bandera por la cual se está riñendo la mayor de las batallas; y esto también lo hemos dicho por boca del mismo Renan (2). Nosotros declaramos que todavía hoy, como el día en que dos de los discípulos iban camino de Emaus platicando sobre la pasión y muerte de su Maestro, ha de ser muy peregrino en el mundo quien no sepa que Jesucristo sigue siendo el objeto principal de las cavilaciones humanas. Y reconocemos, en fin, que, hasta la hora presente, el Vicario de Jesucristo ha debido

(1) *Vie de Jesus.*

(2) *Ibidem.*

presidir ese perpétuo combate en el cual se han estrellado y deshecho sin prevalecer jamás contra el poder de la Iglesia todas las contradicciones posibles é imaginables. Pero decimos que eso sucedió al principio porque la ignorancia humana necesitó, como los niños, una tutela que la amparase y guiara, y no puede negarse que la Iglesia sirve á maravilla para civilizar á los bárbaros y á los salvajes; y luego siguió sucediendo porque al despartar el humano pensamiento se vió preso, abrumado y perdido en las espesas redes y apretadas mallas tendidas por la Iglesia. Y añadimos que el hombre, hasta aquí atado de piés y manos, ignorante y débil para luchar con el coloso, ha roto al cabo sus prisiones y está en disposicion de emanciparse. La obra ha sido laboriosa; pero ya está acabada. El poder temporal de los Papas es ya absurdo porque el Pontificado es imposible; y el Pontificado es imposible porque al fin y á la postre el Cristianismo, vencedor de los siglos, se está deshaciendo, totalmente se va á disipar de un momento á otro, un día de éstos, en cuanto acabe de penetrar bien en todos los entendimientos la luz de la civilizacion moderna, como se disipa la niebla á los rayos del sol. Ya no son sus contradictores los tímidos heresiarcas que únicamente sabian lo que la Iglesia les habia enseñado y que sólo se atrevian á mermar tal ó cual dogma, á mutilar ó desconcertar el bien urdido conjunto de la doctrina cristiana, en el campo cerrado de la teología, donde la Iglesia necesariamente habia de triunfar con el génio y la ciencia de sus diestros y bien apercebidos doctores; ya no son filósofos aislados que unos á otros se contradecian, que no sabian más de lo que les habian querido enseñar los frailes, y que en la Iglesia encontraban acumulada y formidable toda la sabiduría de los siglos; ya no son reyes ni emperadores cristianos, en pugna con otros, cuando no con sus propios vasallos, que no trataban de destruir el Pontificado, sino sobreponerse á la autoridad de la Iglesia para tenerla á su devocion y en contra de sus rivales, y acrecentar con eso el propio poder y la influencia propia. Ahora es la luz de la humana razon, libre é independiente, la ciencia humana, la libertad redentora, el progreso indefinido, la civilizacion moderna, á cuyos esplendores se desvanecen los sueños y las visiones que se engendraron en las sombras de la noche.

—Segun eso, pregunto yo: ¿ya habreis logrado apagar la lumbré de la fe que tantos siglos ha iluminado al mundo, y habreis puesto vallas infranqueables entre el cielo y la tierra para que no vuelva á descender á las almas? ¿Habreis hallado á lo ménos

manera de destruir los fundamentos racionales de nuestra fe, que han resistido al exámen de tantos siglos y se han robustecido de día en día con la continúa y varia contradicción de tantas generaciones?

—No, eso no. La verdad es que en eso han sido inútiles todos nuestros trabajos, y á estas horas no hemos podido negar racionalmente uno solo de vuestros milagros, ni anular una sola de vuestras profecías, ni contestar á uno solo de vuestros argumentos, ni recusar uno solo de los testimonios que acreditan á Jesus Hijo de Dios vivo. Discurriendo de buena fe, tenemos que confesar tambien que nadie jamás ideó ni pudo idear doctrina tan pura ni sentimientos tan grandes, ni soluciones tan eficaces y completas para todas las condiciones y todos los estados de la vida humana, que puedan sufrir un solo instante comparacion con la doctrina, las soluciones y los sentimientos cristianos; para decir algo y ser oídos de los hombres, nosotros mismos hemos tenido que acogernos á las grandes ideas predicadas por Cristo, libertad, igualdad, fraternidad, progreso, perfeccion, y desfigurarlas y contrahacerlas, ya que no es posible destruirlas. Y cuanto á la persona de Jesus es tal y tan grande, que pasado un momento de delirio en que inútilmente le llamamos *el Infame* y en vano le quisimos aplastar, para no ser nosotros los aplastados y acreditar nuestros sistemas, tenemos que decir, todos á porfía, que lo que queremos es restaurar en su pristina pureza la doctrina de Jesucristo, que él predicó y fué el primer maestro de nuestros sistemas; y así solemos afirmar, muy serios, que Jesucristo fué el primer liberal, el primer demócrata, el primer socialista. Nuestra última palabra ha sido mandar que se levante una estatua colosal á Jesucristo, el más grande de los hombres.

—Pero, en fin, falsificando nuestras creencias, ó de uno ú otro modo, habreis ideado una religion y una moral con que sustituir la Religion y la Moral católicas; habreis discurrido más alto concepto de Dios, ó fin más grande para el hombre, con que eclipsar nuestra fe y desacreditarla.

—No, eso no; de eso sabemos poco; de eso no sabemos nada; en eso ni siquiera hemos logrado entendernos. Despues de largos debates muchos han retrocedido á la religion de los Vedas y caido y dividídose en innumerables especies de panteismo: y por cierto que ninguna de ellas es tan grandiosa, ni tan espléndida, ni arrebatada hasta morir por ella á tantos millones de hombres como la fantasta indicá, donde todo brota y desaparece, á

la manera que se suceden los días y las noches, cuando Brahma vela ó duerme, abre los ojos ó los cierra. Algunos, sin saber cómo explicar la continúa contradicción del bien y del mal, han vuelto, como Proudhon y otros socialistas, á diferentes variedades de un maniqueismo que no es, á la verdad, tan épico ni tan divertido como los tremendos combates de Ormuz y Arrinanes con que Zoroastro llenó la imaginacion de los persas. Otros han caido en diversas formas de deismo, que no son tan poéticas ni tan interesantes como la idolatría de griegos y romanos, porque no tienen la pintoresca variedad de los dioses, ni el dramático tumulto de sus pasiones; pero que son mucho más absurdas, porque los dioses solitarios, arrinconados y aburridos de nuestros deistas tienen ménos poder é influencia sobre el mundo que Júpiter ó Saturno, Neptuno ó Marte, Céres ó Vénus, y allá se van con los antiguos Reyes Holgazanes de Francia. Otros, en fin, han progresado más, y resueltamente se han reducido á la condicion de los brutos, que no tienen ninguna idea de Dios, ni del espíritu, ni conocen ni aman otra cosa que los goces bestiales de la materia. No: en este punto sólo hemos podido averiguar que si no es verdadera la Religion Católica, no hay religion verdadera; en esto sólo hemos podido aprender que la idea de Dios y la persona de Jesucristo están unidas tan íntimamente, que al negar la divinidad de Jesucristo nos hemos quedado sin Dios.

—Pero, si no religion, habreis fundado siquiera algun sistema filosófico con que dar normas de vida á los hombres é iluminar sus caminos.

—No, eso tampoco. Tenemos muchos filósofos, pero ninguna filosofía. Cada cual tiene su sistema, que contradice y desbarata todos los otros: *quod homines tot causae, quot capites tot sententiae*. Y cada día que amanece y á cada hora que da el reló, está de moda un filósofo distinto y tenemos una filosofía diferente. En eso es en lo que ménos sabemos á qué atenernos. Aún estamos dudando si todo es materia que entra por los sentidos, ó si todo es un sueño del mismo sueño soñado, y si el ser y el no ser son ó no son la misma idéntica cosa. Sin embargo, ayudando un poquito á la filosofía con los prodigiosos frutos de las observaciones naturales, y otro poquito con los recursos no ménos prodigiosos de nuestra imaginacion, estamos á punto de dar con la piedra filosofal y la explicacion del estado de progreso que alcanzamos; porque estamos á punto de averiguar que el hombre no es imágen de Dios, sino el mayor de los brutos, es

un esfuerzo, una evolucion que hizo una vez un mono, en época en que, á la cuenta, las cosas estaban arregladas de otra manera, y daba peras el olmo, las piedras producian animales, las gatas criaban perros, los monos se convertian en hombres, y ¡quién sabe! puede ser que hasta hablasen bestias y plantas, como en las fábulas de Esopo, Fedro, Lafontaine y tantos otros que dan de eso testimonio. Un paso más, y daremos tambien con el fin de nuestro destino. Ya en medio de este desconcierto intelectual en que vivimos da gana de sospechar si nos estaremos disponiendo á hacer otra evolucion como la de nuestro pre-sunto abuelo, y á emprender de nuevo el viaje del transformismo materialista, pero al revés, volviendo hácia nuestro origen.

—Sin religion, sin filosoffa, y sin ninguna idea sobre cosa ninguna, será ocioso preguntaros cuál es vuestra doctrina moral.

—Sí, completamente ocioso. Hasta que nos pongamos de acuerdo y sepamos quién somos, de dónde venimos, á dónde vamos, para qué estamos sobre la tierra, qué es verdad, qué es error, en qué consiste el mal y el bien, es inútil pensar en tener una ciencia moral. Allá en las leyes, para poder vivir sin comernos unos á otros, hasta que los hombres aprendan á ser justos y benéficos sin necesidad de moral, hemos adobado y establecido cierta moral universal con las reglas más necesarias y más arraigadas en las sociedades cristianas. Pero eso únicamente mira al órden de los hechos; eso es transitorio, y poco á poco va disminuyendo y pronto acabará de desaparecer con las progresivas conquistas de nuestras modernas libertades. Entre tanto en el órden especulativo cada cual puede propagar como santos y buenos cuantos horrores le ocurran, y vivir y obrar, no molestando al vecino, como mejor le parezca.

—De ese modo, sin religion, sin filosoffa, sin moral, ¿con qué pensais destruir, con qué vais á sustituir el cristianismo? ¿Con algun sistema político?

—Tampoco eso puede ser; y no ciertamente porque falten los sistemas, sino porque no sabemos sin cuál quedarnos entre los muchos que hay. Cada forma tiene un partido, cada partido cien banderías, cada bandería cien fracciones; y tal maña se han dado todos, y de manera han trastornado y revuelto á los pueblos en uno y otro continente, que despues de largos años de alborotados debates, motines, insurrecciones é inextricable confusion, hemos acabado por perder la fe en todos los sistemas políticos.

—¿Tratareis entonces de destruir el cristianismo y hacer feliz al mundo con algun sistema económico?

—Méenos que con nada. Ya hace rato que nos pusimos á ver de distribuir racionalmente la riqueza, y cada dia está este asunto más embrollado. Nos pareció que todo estaba en desbaratar el antiguo organismo de las *manos muertas*, lo desbaratamos, desbordó el torrente de las *manos vivas*, y nos vemos perdidos. Todas nuestras teorías han fallado de manera que entre todos los conflictos en que nuestras ideas nos han puesto ninguno amenaza más inminente y pavoroso que el conflicto económico, ó la cuestion social, como hemos dado en llamar á este problema insoluble.

—Entonces, ¿sabreis decirnos cuáles son los portentos y dónde están los esplendores con que vuestra razon, vuestra ciencia, vuestro progreso y vuestra civilizacion ha dispuesto hacernos felices?

—¡Ah! ¿Tan grande es tu ignorancia que no tienes noticia de los maravillosos secretos, de las fuerzas prodigiosas que hemos arrancado á la naturaleza material?

—Vosotros no habeis podido hacer más que añadir algunas consecuencias y algunas aplicaciones al conjunto de las ciencias que la Iglesia salvó de la barbárie y sus hijos cultivaron y nos legaron ya formadas y prósperas; entre los que hoy las cultivan con más fruto figuran ilustres católicos, y hasta sacerdotes, hasta frailes, hasta jesuitas; ese tesoro no es vuestro sino de cuantos tienen talento y aplicacion y le saben explotar. Pero, en fin, ¿quizá consiste vuestro triunfo en haber encontrado algun fenómeno natural que esté en contradiccion con las verdades de nuestra fe?

—Bien seguros estais de que por ahí no teneis nada que temer. Discutiendo con sinceridad, hemos de reconocer que hasta el dia de hoy ninguna verdad natural está probada, ningun hecho físico hay averiguado que desmienta ningun artículo de vuestro credo ni versículo ninguno de vuestra Biblia. No podemos negar que las verdades definitivamente demostradas por la ciencia, ó no tienen nada que ver con lo que dicen vuestras Escrituras ó plenamente lo confirman. Y aún tenemos que confesar que vosotros sabiais hace siglos por la fe cosas que la ciencia no ha podido demostrar sino cuatro mil y tantos años despues de estar escritas en vuestros Libros sagrados: tales son, por ejemplo, el órden de la creacion, la unidad de la especie humana (1).

(1) En los límites de un discurso no cabe más que apuntar ligerísimamente los puntos culminantes y resultados generales de este comba-

—¿Dónde está, pues, vuestra victoria? ¿Habeis bajado hasta las entrañas de la tierra y estaba allí escondido y guardado el secreto de los destinos humanos? ¿Habeis volado con Young por la inmensidad de los espacios, y más afortunados que el poeta inglés habeis contado las estrellas, habeis dominado el conjunto del universo, habeis sorprendido el resorte central y la explicacion completa de la creacion visible ó invisible?

—No hemos podido pasar de las primeras capas de la corteza terrestre, ni de las primeras capas del aire que nos envuelve, y de la tierra y del aire sabemos una mínima parte de lo que hay que saber. La sabiduría es modesta, y nosotros confesamos que á donde quiera que dirigimos nuestros pasos caminamos todavía hollando milagros inexplicables y respirando misterios inexplicados; y cada nuevo instrumento que la óptica nos proporciona sirve para mostrarnos nuestra pequeñez, descubriendo á nuestros ojos asombrados infinitos horizontes y mundos llenos de portentos en la inmensidad de los cielos, y en cada gota de agua y en cada átomo del aire. Pero gracias á la nomenclatura química hemos hecho portentos en las retortas y los alambiques y descubierto simples ignorados, é inventado nuevos y poderosísimos compuestos. En física todos los días hacemos maravillas; y con las aplicaciones del vapor y la electricidad hemos transformado la manera de vivir los hombres y los pueblos.

—¡Acabáramos! ¿Con experimentos físicos y combinaciones químicas, ó á fuerza de vapor ó con descargas eléctricas pensais dirigir y gobernar á los pueblos y las almas?

De manera es que, en resolucion, y prescindiendo de esos descubrimientos naturales que son tan nuestros como vuestros y no pueden resolver los asuntos que ahora tratamos, todo lo que habeis hecho ha sido borrar cuanto de Dios y del hombre nos habian enseñado la Iglesia y los siglos, sin acertar á sustituirlo con nada. De modo que negais á Jesucristo sin saber por qué; y sois tan valerosos é intrépidos que os arrojaís á conquistar el mundo, á sacarle de sus quicios y dirigirle sin saber cómo ni

te. Quien, extraño á estos estudios, quiera conocer en poco tiempo, á fondo y con pasmosa claridad, la total derrota de la impiedad en cuantos asaltos ha intentado en nombre de la ciencia contra nuestra fe, debé leer, entre otros muchos libros tan excelentes como conocidos, *La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas, por el P. José Mendive, de la Compañía de Jesus, precedida de un prólogo por D. Juan Manuel Ortí y Lara*: admirable suma de cuanto en esto se sabe y puede decir, y cuadro asombroso del estado en que está la batalla.

por dónde, sin religion, sin moral, sin filosofía, sin política, sin hallar siquiera, á pesar de tantos progresos materiales, medio ni recurso para impedir que perezcan de hambre, ó desesperadas os devoren, las muchedumbres sin número á quien juntamente quitásteis el pan y la fe. De suerte que rompísteis con todas las tradiciones humanas y divinas, y os lanzásteis á destruir cuanto existia, la antigua civilizacion europea, la cristiandad, los fundamentos de la sociedad y la familia, la organizacion de la propiedad, el derecho antiguo, gerarquías, clases, instituciones, costumbres y creencias, sin razon, sin motivo, sin pretexto, sin tener con qué reemplazar lo que derribais, sin tener qué edificar sobre las ruinas que amontonais, por odio satánico, por espíritu de destruccion, viendo con vuestros propios ojos que vais al caos, á sabiendas de que no teneis medio ni esperanza de salvacion. Los gentiles, los moros, los salvajes conservan ciertas verdades y vestigios de la ley natural que les dan algun género de asiento, rinden culto á ideas superiores y comunes que les dan alguna especie de trabazon y unidad, con que pueden vivir malamente. Pero vosotros, rebeldes á todo yugo, incluso el vuestro, despues de haber destruido la obra de los siglos, cada día deshaceis lo que vosotros mismos hicísteis el día anterior, y re-volviendo á todas horas unos contra otros, vivís en continua lucha de exterminio sin que se sacie vuestra ánsia de destruccion ni tenga término vuestra furia insensata. En cuanto una escuela ó un partido afirma algo, todos los demás lo contradicen; si funda alguna cosa, todos los demás se juntan para derribarla; si el instinto de conservacion, si el apego al poder conquistado hacen inconsecuentes á los de arriba y tratan de mantener algunas verdades cristianas ó procuran detener las fatales consecuencias de sus errores, la impaciencia de los que abajo aguardan se encarga de velar por los fueros y apresurar los trámites de la lógica. No podeis afirmar nada, ni dejar de destruir cosa ninguna, ni hallar jamás reposo ni asiento: esa es vuestra ley fundamental, ese vuestro primero y único principio comun, ese el fin natural y propio de toda vuestra doctrina. Cuando proscribisteis por falso y absurdo todo lo que la humana razon habia aceptado y descubierto, creído y averiguado en el transcurso de sesenta siglos, lo que principalmente hicísteis fué declarar que la razon humana, juguete perpétuo de la falsedad y el absurdo, habia sido hasta entonces absolutamente incapaz y perpétuamente necia; cuando, sin embargo de eso, proclamásteis único dogma fundamental de vuestra doctrina y ley suprema del género hu-

mano la soberana independencencia de esa pobre loca perpétuamente engañada, según vosotros, lo que en realidad hicisteis fué declarar á la razon humana perpétuamente incapaz de hallar autoridad, ley ni regla superior que ponga orden entre los hombres, supuesto que si las hallase habria de someterse y ya no sería ni independiente ni soberana, y vuestra doctrina es que no hay autoridad, ley, regla, ni nadie ni nada por encima de la razon soberana é independiente; y cuando visteis que era imposible vivir un solo día bajo el anárquico imperio de una soberanía repartida entre tantos millones de soberanos y encontrados pareceres, y á lo ménos quisisteis salvar de la confusion el gobierno de los pueblos, y os acogisteis, como único remedio, á la ley de las mayorías, lo que hicisteis fué poner todas las cosas en perpétua tela de juicio y someter el orden social y todos los principios fundamentales y la paz y la vida de las sociedades á eterna discusion, á continua mudanza y á confusion perdurable.

No, no sois una nueva fe, una nueva moral, una nueva filosofía, un nuevo derecho, un sistema político, un sistema social; sois la disolucion de toda creencia, de toda doctrina, de todo sistema; y si pudisteis sosteneros hasta ahora entre revueltas y trastornos, asidos á algunos principios sociales que habian resistido á vuestros primeros embates, al fin y al cabo, y más ó ménos pronto tenia que suceder lo que ya está sucediendo, que al desorden, á la anarquía, al nihilismo en los principios, responden en los hechos el desorden, la anarquía, el nihilismo. Ni sé cómo se llama ni qué quiere cada uno de vosotros; porque vuestros nombres son tantos y vuestras voces tan discordes; que sólo puedo apellidaros tumulto. No sois, como fué el cristianismo, luz que amanece á iluminar á los hombres sentados en sombras de muerte, sino tempestad furiosa que nubla el sol á la mitad del día. No sois razon, equivocada ó no, que discurre y convence; sois irrupcion, sois fuerza brutal que asuela y devasta. No sois doctrina sino negacion; no sois sistema sino confusion; no sois ejército ni conjunto sino turba; no sois progreso sino destruccion y ruina; no sois civilizacion sino barbárie.....

¿Barbárie dije? ¡Ultrajé á los bárbaros! Que los bárbaros en sus bosques no conocian la verdad, y cuando la conocieron la adoraron; y á lo ménos, dice Tácito, en medio de su barbárie «el vicio no hacia reír ni la corrupcion se apellidaba moda.» Atila y Genserico se decian azote lanzado por Dios contra los pueblos corrompidos, y Alarico, al entrar á sangre y fuego la ciudad de los Césares, se detenia ante la Iglesia y respetaba

como sagrados asilos los templos de San Pedro y San Pablo; mas los bárbaros de ahora son ministros de Lucifer que quisieran acabar con el reino de Dios en ta tierra. En las irrupciones antiguas, vándalos, hunnos, alanos, suevos, salios, godos, salian de sus lejanas, inhospitalarias selvas, en busca de patria mejor; sedientos de sangre y pillaje, á pelear con pueblos extraños y enemigos; en las explosiones modernas, del seno mismo de la civilizacion despedazada y podrida surgen á aniquilar su propia patria las furias del Terror con la tea y la guillotina, los monstruos de la *Commune* con torrentes de petróleo encendido, las fieras del nihilismo con la frialdad del cálculo matemático y el terrible poder de la dinamita. Y ciertamente que los fatídicos colores con que el Sr. Menendez Pelayo, por ejemplo, describe magistralmente la insaciable ferocidad de Pombal y de Aranda con los jesuitas en el siglo pasado y las matanzas de frailes é incendios de conventos los años 1834 y 1835 en España (1), ó los horrores que el Padre Bresciani vió en la ciudad de los Papas dominada por los foragidos de 1848 (2), son harto más espantosos que los lamentos con que Sidonio se quejaba de tener que vivir «entre los pueblos de larga cabellera, precisado á oír el lenguaje »del germano, y aplaudir, mal su grado, el canto del borgoñon »borracho y con los cabellos chorreando grasa.» Pero todavía hay algo más horrendo y espantable que todo eso; y es eso mismo despojado de la violencia, entrando en orden, tomando nombres y formas de la legalidad y gobierno, ofreciendo paz y conciliacion á sus víctimas, prosiguiendo la obra demoledora cautamente, sin inspirar horror ni provocar protestas y reacciones; no conmoviendo á Europa con el asesinato de Rossi y el destierro brutal de Pio XI como cuarenta años há, sino mintiendo hipócritas garantías y contando con el reconocimiento de las potencias para tener prisionero á Leon XIII; conculcando y excluyendo paulatina y sistemáticamente todos los derechos sagrados y todas las ideas santas; convirtiendo en instrumentos de destruccion los dónes que Dios concede para aumentar el bienestar y estrechar la union de los pueblos; arrancando á la ciencia de los siglos y la naturaleza prodigiosas fuerzas y poderosas máquinas con que multiplicar los goces y agravar la corrupcion de los privilegiados y embrutecer y aniquilar á las

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, t. III, lib. VI, cap. II y lib. VIII, cap. I.
(2) *El Hebreo de Verona*.

muchedumbres desheredadas; sirviéndose de la imprenta, del vapor, de la electricidad, con que habia de propagarse la verdad y la vida, en derramar instantáneamente la desolacion por todo el mundo y llenarle todo entero de revoluciones y catástrofes.

IV.

No se trata, pues, de una contienda entre dos creencias contrarias, trátase de elegir entre la vida y la muerte, entre ser y no ser. No se está en el caso de optar entre varios caminos; es que no hay más camino que apresurarse á desandar lo andado, retroceder á toda prisa, volver, pero inmediatamente, al único puerto de salvacion que tiene el género humano, arrojarse á los piés del Vicario de Jesucristo, y pedirle perdón, y luz, y gula y amparo. ¿Decís que habeis perdido la fe y no creéis en su institucion divina? ¿Hasta el uso de la razon habeis perdido y no entendéis los testimonios y los argumentos que la demuestran? Tampoco el feroz caudillo de los hunnos tenia fe ni conocia el valor de las razones, y retrocedió espantado ante la majestad del Santo Obispo de Troyes en los campos catalánnicos, y asombrado se detuvo y humilló á la voz del Papa San Leon á las puertas de Roma. No es preciso tener fe, no es preciso saber lógica, basta tener ojos y ver, oídos y oír. Si os deslumbra el resplandor del cielo que refleja en la frente del Vicario de Jesucristo, mirad los portentos con que ha llenado los siglos, escuchad las maravillas que brotan de sus lábios. Pobres gentes que nacisteis ayer entre los estragos y horrores de una revolucion espantosa, que habeis pasado la vida desatentados é inquietos entre horrores y estragos, y mareados y aturdidos andais, como ciegos, palpando tinieblas en medio del dia sin acertar á dirigir vuestros pasos: deteneos á contemplar la grandeza incomparable de ese po-

der inmortal que atraviesa los siglos venciendo todos los horrores, reparando todos los estragos, sosegando todas las revoluciones, resolviendo todas las dificultades, salvando todos los peligros, encauzando todas las cosas, sacando bien del mal, creando luz en las tinieblas, virtud en la corrupcion, ciencia en la barbárie, vida en la muerte, órden en el caos.

¡Azote de Dios, párate,
Que habla el Rey de Judá!

Habla, y luego al punto comienza á bañar el mundo luz más hermosa que la del día, y en todas partes suceden cosas nunca imaginadas, imposibles, nunca vistas, inauditos milagros que nadie puede negar, que todavía duran y están patentes á nuestros ojos, cien veces más portentosos que hacer hablar á los mudos y dar vista á los ciegos. Habla, y las mujeres y los niños aprenden en pocos días y publican por calles y plazas, y son patrimonio ya del género humano las verdades más altas y necesarias, que los mayores entendimientos no habian podido rastrear en largos siglos. Habla, y los paralíticos andan, sanan los enfermos, los muertos resucitan; pero aún sucede otro portentó incomparablemente mayor, y es que los que no sanan, y sufren y padecen, se abrazan al sufrimiento, y se gozan dichosos en sus dolores, y tienen su cruz por el mayor de los regalos, y se trueca en medicina la enfermedad, y las penas se convierten en consuelos, esperanzas y alegrías. Le oyen las gentes, y ya no hay griegos y romanos, ya no hay esclavos y señores, porque todos son hermanos redimidos con la sangre del Cordero. Le oyen los bárbaros y los salvajes, y ya no son salvajes ni bárbaros. Le oyen los ricos, y á cientos y á miles venden cuanto tienen y lo reparten entre los pobres. Lo oyen los pueblos y en aquel punto se acaba la raza de los Calígulas y Neronos, los Cómodos y Heliozábalos, y empiezan las dinastías en que descuellan y resplandecen Clodoveo y Recaredo, Carlomagno y Alfredo el Grande, Alfonsos y Ramiros, Berengueres y Jáimes, San Fernando, San Luis, San Enrique, San Eduardo, los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II, los reyes cristianos, ministros de Dios y padres de los pueblos. A su voz se pueblan los desiertos de santos, los monasterios de vírgenes; y los hombres, que despreciaban á la mujer envilecida y sierva, se postran enamorados y rendidos ante la belleza jamás soñada de la madre cristiana, de la esposa cristiana, de la doncella cristiana. Su mano quebranta las cade-

nas de los esclavos, y más de la mitad del género humano gemia en la esclavitud; pero en vez de las sangrientas matanzas y rapiñas con que tantas veces se habian vengado de sus feroces dueños los esclavos embrutecidos, en vez del problema social que hoy tiene espantado al mundo, con la abolicion dela esclavitud coincide la organizacion social más admirable que puede concebir el entendimiento humano. El trabajo es amable, la pobreza santa, ley del noble el desprendimiento, la caridad costumbre, los grandes y poderosos distribuyen entre los pobres el dominio útil de sus tierras, los gremios hacen de las artes y oficios instituciones poderosas, y el procurador de una villa ó ciudad llega á tener más poder en Córtes que todo el bando de la nobleza. La locura de la cruz, el ánsia del sacrificio, la gloria de la abnegacion se apoderan de las almas, y por todas partes se levantan palacios á todos los infortunios; y se forman milicias de héroes nunca vistos ni imaginados hasta entonces, que renuncian á todo y á sí mismos para vacar á sólo Dios y al bien de los hombres, propagar la fe y la virtud, combatir todos los errores y todos los vicios, aliviar y remediar todos los males y todas las desventuras. Cada convento es una escuela de perfeccion y un foco de sabiduria; cada iglesia es un prodigio de arte y un tesoro de bellezas. Como marea que sube, como floresta que crece, se elevan y dilatan la civilizacion y la cultura, aumenta la suavidad de las costumbres, se vigoriza la conciencia pública, florecen las ciencias, prosperan las industrias, se convierten los páramos en vergeles, y sobran fuerzas y recursos para convertir las selvas vírgenes de los salvajes en emporios de saber y riquezas; y se constituye y robustece aquella fecunda variedad de naciones cristianas, cada dia mejor asentadas en los principios de la justicia, cada dia más ricas y florecientes, cada dia más unidas por los lazos de la fe, tan exuberantes ya de vida que no caben en sí mismas y se derraman por Asia, y por Africa y América, y extienden por todo el globo la civilizacion y la cristiandad, en cuya cima preside el Vicario de Jesucristo, voz de Dios hablando en las alturas, que recibe del cielo la verdad y la vida, y la reparte por sus apóstoles y ministros, con la virtud de la predicacion y la gracia de los Sacramentos, á todas las naciones del mundo y hasta los últimos términos de la tierra.

Suprimid el Pontificado en aquel momento supremo y espantoso en que el mundo se extremece en sus cimientos al choque de la mayor corrupcion y la barbárie más formidable que habian visto los hombres, ¡y quién es capaz de concebir cuál hu-

biera sido, quizá para siempre, la salvaje confusion del género humano? Suprimid el grito de rebelion de la humana soberbia al comenzar la edad moderna, ¿y quién puede imaginar las alturas á que ya habria llegado aquella asombrosa cristiandad, aquel gigante, como dice Balmes, con cien millones de brazos y una sola cabeza?

Y no me digais, como soleis para no confesar la evidencia, que Europa no fué llevada del caos á la civilizacion por la accion del Pontificado, que lo mismo hubiera progresado sin él, que el progreso indefinido es ley natural y constante, fatal y necesaria del género humano. Porque eso no es verdad; porque yo no niego que la lumbre de la razon puede lograr algunas verdades y algunos bienes; pero es evidente que por sí sola no puede alcanzar las verdades y virtudes sobrenaturales que constituyen é informan la colosal grandeza de la civilizacion europea. Porque no es verdad que el humano progreso dependa de ninguna ley fatal y necesaria como el movimiento de los astros, sino de la libertad del hombre auxiliada y fecundada por la gracia y la providencia de Dios. Porque no es verdad que esta marcha triunfal de las tinieblas á la luz sea un hecho universal y constante, y al contrario es notorio que todos los pueblos antiguos que se apartaron del centro de la luz, no progresaron, no subieron, sino se precipitaron á los más profundos abismos de la superstición, el despotismo, la servidumbre, la corrupcion, la barbarie de que la Iglesia libró al mundo; y los que alcanzaron innegables progresos en la filosofia y el derecho, fué mezclados con horrendos absurdos, y no impidieron su ruina; y los que lograron mayor cultura literaria, artística y material, muchas veces se sirvieron de ella, como consta, por las quejas de sus filósofos, para refinar su malicia, multiplicar sus vicios y acelerar su pérdida. Porque es evidente que el mismo pueblo escogido retrocedió y cayó, cuantas veces apartó de Dios los ojos, hasta las abominaciones que atrajeron sobre él la confusion de Babel, y las aguas del diluvio, y el fuego del cielo que abrasó á ciudades pecadoras, y uno y otro cautiverio, y la ruina de Jerusalem y la final dispersion y última condenacion de los míseros deicidas. Porque es evidente que ningún pueblo de Europa comenzó á civilizarse por sí solo, y todos comenzaron á ser civilizados cuando el Vicario de Jesucristo les envió sus Apóstoles y ellos los oyeron; y estancados y amomiados en su supersticion siguen á nuestros ojos los imperios orientales donde no hay más esperanzas de civilizacion que las gloriosas huellas que dejaron San Francisco

Javier y tantos insignes misioneros católicos, perpetuadas y extendidas por los misioneros que han levantado allí universidades asombrosas, donde pesan más que plomo la tiranía del pueblo cismático y del pueblo protestante que perpetúan sin compasion y explotan sin piedad la estupidez y el marasmo de los naturales, en vez de evangelizarlos y sacarlos de su abyeccion, como hizo España con América bajo la accion fecunda y salvadora de la Iglesia. Porque es evidente que el caso de abatirse y caer de la luz á las tinieblas, de la civilizacion á la corrupcion ó la barbarie es frecuente en la historia, es constante, es irremediable en cuanto los pueblos se apartan de Dios; pero el caso de Europa (y de todos los pueblos modernos que se han sometido á la Iglesia), de elevarse á la más alta civilizacion desde la corrupcion más espantosa y la barbarie más horrible, es único en la historia del mundo. Es evidente, además, pero de toda evidencia, que en la civilizacion de Europa cada hecho grande corresponde á un gran principio con la relacion que el efecto tiene con su causa, y todo su maravilloso conjunto no es sino la aplicacion y desenvolvimiento de las enseñanzas cristianas; y el hecho más admirable y culminante y constante de la historia de la civilizacion europea es, cabalmente, la lucha incansable que la Iglesia tiene que sostener siglos y siglos, con los reyes, con los pueblos, con los grandes y con los pequeños para vencer y domar y extinguir las resistencias tenaces y formidables de todas las malas pasiones y malas inclinaciones de los hombres. Y, en fin, y prescindiendo de pruebas y ampliaciones que llenarian libros infólio, es tan claro, es tan patente que la civilizacion cristiana era obra y estaba sostenida por la accion del Pontificado, de tal modo la paz y prosperidad del mundo está cifrada en su rendimiento y sumision al Vicario de Jesucristo, que en cuanto sacudió su yugo suave y se declaró emancipada é independiente, luego al punto el soberano quiso ser señor de las conciencias; el mundo atónito vió renacer el espíritu de los antiguos tiranos en la ferocidad de Enrique VIII, en la liviandad y crueldad de la Reina Doncella, en los opresores de Irlanda, en los verdugos de Polonia, en esos mónstruos de cien cabezas sedientas de sangre humana que se llaman la Asamblea Nacional y la Convencion francesa; y como todas las criaturas inferiores se alzaron contra su señor el hombre en cuanto el hombre se alzó contra su Señor y Dios, álzanse los pueblos rebeldes contra sus reyes rebeldes, los hijos no domados contra los padres indómitos, los pobres envilecidos contra los ricos

envilecedores. Y no es la multitud amotinada, no es soldadesca sin freno, es la ley quien echa al suelo la puerta del hogar cristiano, y atropella la santidad de la familia, y los fueros de la paternidad, y quiere arrancarle los hijos para embrutecerlos en una enseñanza obligatoria é impía, y quiere entregar sus hijas á la infame mancebia del matrimonio civil, y luego á la poligamia disfrazada de divorcio, y en fin á la prostitucion sin máscara del amor libre. Ni son turbas de foragidos desalmados, son sistemas, son escuelas, son partidos, son las leyes quien decretaron ayer el saqueo de las comunidades, y hoy ya declaran inviolable el derecho de predicar el robo, el reparto de la propiedad, la destruccion del Estado, la disolucion social. ¡Y adios espléndida cristiandad que prometias rodear la extension del ancho mundo y afirmarle en los fundamentos de la moral y el derecho! ¡Adios admirables sociedades cristianas! ¡Adios poderes estables y queridos, en quien los pueblos veian simbolizadas sus glorias, sus grandezas y su vida! ¡Adios asombrosas instituciones que remediásteis tantas desdichas y conjurásteis tantos conflictos sociales! ¡Adios imperio de la verdad y la justicia! ¡Adios toda esperanza de paz duradera! ¡Adios progreso y civilizacion! Como en la podre los gusanos, hierven por todas partes las pasiones, los ódios, las iras, los vicios, las maldades, los crímenes; las naciones espantadas unas de otras y de sí mismas no encuentran armas y defensas bastantes para contener los enemigos de dentro y defenderse de los enemigos de fuera; ya no hay más ley que la fuerza; y Europa toda, temblando y vacilante entre abismos y sobre volcanes, procura aplazar la conflagracion universal y sostenerse en pié á fuerza de legiones de policia, de ejércitos formidables, de espantosas máquinas de guerra; como se cubre y sostiene con armaduras de bronce y hierro, edificio colosal que amenaza desplomarse.

Reyes, Estados, pueblos que habeis consumido y agotado cuanto teniais, y empeñado la hacienda de vuestros nietos hasta no sé qué generacion, y cada dia necesitais mayores medios, y defensas, que no os librarán de tantos enemigos interiores y exteriores, pero irremisiblemente completarán vuestra ruina; ricos que no podeis hallar en todo el mundo lugar seguro donde esconder vuestros tesoros, porque ya en todo el mundo se organizan y previenen los inmensos ejércitos de desesperados que quieren arrojar sobre vosotros y repartirse vuestras riquezas; pobres que estais condenados por el moderno progreso á mayor trabajo que el de los esclavos antiguos, sin el cuidado que el

antiguo dueño tenia en mirar por su hacienda, que ahora sois ruedas de las máquinas con que multiplicais los goces de vuestros señores, y mañana sereis carne de cañon para que se levanten vuestros engañadores de hoy, como se levantaron vuestros engañadores de ayer, y á vosotros os hundan en más horrible miseria; víctimas todas de la civilizacion moderna: ¿qué locura es la vuestra? ¿Qué furia insensata os hace huir desatinados de la felicidad probada y de la salvacion segura, y correr á despeñaros en abismos sin fondo? ¿Qué funesta ceguera os impide ver que el Pontificado tiene en su mano el secreto de vuestros destinos, que con él tuvieron remedio y término todas vuestras desdichas, que en cuanto os separásteis de él caisteis en todos los males de que él os habia librado y preservado, que con él subisteis á la mayor de las alturas que alcanzásteis jamás, que sin él vuestra perdicion es irremediable, que los hechos hacen patente, como la fe lo enseña y la razon lo conoce, que para vuestra salud propuso Dios á su Vicario en el mundo y que sin él no hay salvacion para los hombres ni para los pueblos? ¡Ay de vosotras, naciones de la tierra, que teneis ojos y no quereis ver, y oidos y no quereis oír! «Que si en Tyro y en Sidon se hubieran hecho las maravillas que se hicieron en vosotras, ya mucho há que habrian hecho penitencia en cilicio y en ceniza.»

¿Me direis que todo eso demuestra que es menester que el Pontífice sea Pontífice, pero no que necesite ser Rey? No me digais eso. Porque si he desvanecido la única objecion que la impiedad opone á las razones incontestables é incontestadas que resumí al principio, todas esas razones quedan en pié incontestables é incontestadas; porque si el Pontífice no está de más en el mundo, como dice la impiedad, y al contrario es tan necesario que el mundo no puede vivir sin él, no hay más remedio que rendirse á las razones que prueban la necesidad del poder temporal para ejercer el poder espiritual con soberana independencia. No, no me digais eso. Porque si el Pontífice es el luminar mayor, y de él ha de aprender y recibir el luminar menor las normas y el espíritu de sus leyes y gobiernos, no cabe en racional discurso, es absurdo, no puede ser que el superior sea súbdito del inferior, y que el inferior dé leyes y mandatos al que puede juzgar y condenar sus mandatos y sus leyes si se apartan de las enseñanzas infalibles del Maestro supremo que está sobre todo y no puede ser súbdito de nadie; el Papa es Maestro de la verdad y custodio de la doctrina, si ha de enseñar á los pue-

blo, y guiar á los soberanos, y presidir el consejo de las naciones, no cabe en sana razon, es dislate manifesto, no puede ser que esté bajo el poder de ningun rey ni de ningun pueblo, es absolutamente necesario que tenga un trono, que sea el primero de los soberanos en cuanto rey y mayor que todos como Pontífice; porque si el Papa ha de atender á la propagacion de la fe, y allegar recursos para multiplicar las misiones y evangelizar al mundo, no puede estar á merced de la rapacidad de un gobierno que cuando bien le venga se eche sobre los bienes de la propaganda para salir de sus trampas y sus apuros con el dinero de los católicos de todas las naciones y á costa de la salvacion de las almas; porque si el Papa hubiera sido súbdito inglés cuando apostató Enrique VIII, seguramente que no habria dejado de condenar su lujuria y apostasia, pero en el cadalso donde murieron los Obispos, sacerdotes y católicos que sustentaron las decisiones pontificias; porque si el Papa hubiera sido súbdito francés cuando estalló la Revolucion francesa, seguramente hubiera condenado los principios del 89 y sus horrendas consecuencias, pero en la guillotina donde murieron los que confesaban á Cristo; porque nunca podrá el Papa, viviendo bajo ajena potestad, defender impunemente la verdad y la justicia contra el que sea su soberano, ni contra el pueblo en que viva si no tiene el poder material para reprimirle; porque es claro, porque es de sentido comun, porque no necesita demostracion, porque entra por los ojos que el Papa no puede ejercer su autoridad suprema sobre reyes y pueblos más que en el poder político ó en las Catacumbas, en el trono ó el martirio.

No, no digais que el Papa no necesita el poder temporal; decid más bien que al mundo no le basta, que el mundo necesita que el Papa tenga poder temporal, y además la sumision constante y absoluta de todos los poderes temporales á su poder espiritual. Si su influencia ha de ser efectiva y decisiva en los pueblos, es menester que los pueblos tengan por primera ley fundamental, como estaba escrita en los antiguos códigos españoles, la subordinacion del Estado á la Iglesia, de la corona á la tiara, de reyes y pueblos á la soberanía de Jesucristo. Si las naciones quieren asegurar el orden y la libertad aún en los grandes conflictos que en nuestros dias los agitan y conturban tantas veces, y para los cuales no puede haber en la nacion tribunal competente ni solucion pacífica, es preciso restablecer el antiguo derecho donde el Papa fallaba los litigios entre príncipes, reducía y castigaba en nombre de Dios á los pueblos revoltosos, y juz-

gaba y deponía á los tiranos. Si el mundo ha de tener orden y concierto, y alejar los horrores de las guerras, y disfrutar de los medios que los simples particulares tienen en los pueblos para vivir en paz y justicia, y resolver sus cuestiones en razon y derecho y no por la fuerza bruta, no hay más medio que restablecer el arbitraje del Papa; y que el Vicario de Jesucristo sea juez de las naciones. Si los hombres y los pueblos han de volver al camino por donde subieron de grandeza en grandeza á alturas hasta entonces desconocidas, y han de repetirse los milagros que salvaron al género humano y transformaron al mundo, es menester que cuando el Papa se levante á hablar desde su trono, caigan á oírle de rodillas todos los soberanos de la tierra.

V.

¡Ay! Yo siento como propios los dolores de mi Padre, y mi sangre y mi vida daría por librarle de ellos; mas por el Pontificado no temo, no puedo temer, ni por los hijos fieles que le quieren seguir á las Catacumbas. Yo sé que aunque los hombres despojen al Papa de la soberanía política que importa y conviene á su dignidad é independencia, el Papa no perderá su independencia y dignidad; y la corona de espinas y el cetro de caña y las afrentas y la cruz serán para el Vicario de Dios manifestación de su virtud, testimonios de su inmortalidad y resplandores de su gloria. Yo ya sé que si Pedro está en prision y á la Iglesia le urge que sea libre, una y otra vez, y cuantas fuere preciso, bajarán los ángeles del cielo, y harán que caigan sus cadenas, y le sacarán de la cárcel á través de las herradas puertas y de los guardas armados, aunque la cárcel sea todo un reino, y los guardas sean un ejército entero asistido por los ministros y representantes de todas las potestades de la tierra. Yo sé que si conviene á su alma y al bien de la Iglesia y á la gloria de Dios que padezca y muera, otra vez y otras ciento se le aparecerá el mismo Jesucristo, como en la vía Apia, y Pedro le preguntará:—Señor, ¿á dónde vas?—y Jesus le responderá mostrándole su corazón ardiendo de amor:—A Roma á morir otra vez por los hombres;—y de la sangre de Pedro brotará dinastía inacabable de gloriosos Pontífices. Yo sé que por Pedro ruega Jesus al Eterno Padre; yo sé que con Pedro está Jesus hasta el

fin de los siglos; yo sé que él es la piedra sobre la cual edificó Cristo su Iglesia y que contra ella no han de prevalecer jamás las puertas del infierno. Yo siento como míos los dolores de mi Padre y las angustias de mi Madre la Iglesia; ¿pero temer? No, no temo por ellos. Por quien siento temor y pavor es por los hombres ingratos, es por los pueblos desconocidos, es por las naciones apóstatas, es por Europa, es por el mundo, á quien una sola cosa está prometida: que recibirán el pago según las obras que hicieron. ¿Y por qué no he de decirlo? Siento sobre todo terror y espanto por mi pobre patria, por mi España sin ventura. Porque aunque todos los pueblos prevaricadores han sido avisados con terribles catástrofes y están amagados de tremendos castigos, á algunos permitió Dios que viviesen años y siglos con algun género de poderío y prosperidad material en medio de su apostasía; pero á España la trató como á su pueblo escogido peon de su fe y brazo de su Iglesia, la levantó en el trono de dos mundos sobre todas las naciones; ingrata, la dejó caer á lo profundo de su actual abatimiento.

¡Y ah! qué pronto podría levantarse, qué grande podría ser, cuánto bien podría hacer otra vez á los hombres, á pesar de su postración presente, si recobrarse el espíritu antiguo!

Todavía hay en el mundo muchos millones de católicos que defienden la soberanía social de Jesucristo y el poder temporal de su Pontífice y Vicario; todavía los católicos constituyen inmensa fuerza social que los Estados no siempre pueden atropellar impunemente, con quien hay que contar, que hasta aquí ha dificultado y contenido la marcha invasora de la Revolución, que alguna vez la ha hecho retroceder en tal ó cual pueblo. Si todos juntos constituyesen una sola nación, esa nación sería la más numerosa, la más fuerte y la más grande de la tierra; pero diseminados por todo el mundo, sin un pedazo de tierra donde hacer pié, despojados en todas partes del gobierno, ó, donde más, reducidos á compartirlo con otros, ya no tienen poder político, ya no tienen representación oficial, ya no tienen voz ni voto, ni intervención ni influencia en los acuerdos y resoluciones de las potencias. Pero si la república del Ecuador hubiera estado en Europa, si España fuera lo que fué, si hubiese un Estado (monárquico ó republicano, con uno ú otro gobierno, no es esta cuestión de formas, no se resuelven cosas tan grandes por meros accidentes políticos), que se rindiese á la soberanía social de Jesucristo y sustentase el poder temporal del Romano Pontífice; sobre ese Estado lloverían las bendiciones del cielo;

ese Estado podría implorar con esperanza la gracia y el auxilio de Dios; ese Estado tendría que ser escuchado por todos los Estados, porque les hablaría en nombre y con el apoyo de sus mismos súbditos; ese Estado llevaría la voz y sería la representación de todas las fuerzas católicas del mundo; ese Estado sería irremisiblemente potencia de primer orden; vencido ó vencedor, ese Estado sería grande y glorioso como ninguno; y al fin y á la postre, si la justicia hubiera de acabar para siempre en la tierra, poco le importaría á un pueblo honrado morir abrazado á ella, antes que prostituirse, y ser borrado del mapa de las naciones envilecidas; y si la justicia ha de triunfar, ese Estado triunfaría grande y glorioso como ninguno el día que sonase la hora de Dios y del triunfo de la justicia.

¿Y es tanta nuestra desdicha que ya no hay medio de alcanzar, que ya no hay medio de procurar siquiera, tanto bien para los hombres, tanta gloria para nuestra patria?

Sí, le hay, yo le conozco; seguro, cierto, indefectible. ¿Sabéis cuál es? El que nos prescribe el Papa: la union de los católicos.

Pero la union de los católicos, con las dos condiciones con que el Papa las prescribe, sin las cuales no hay union posible, sin las cuales la union, aunque fuese posible, no sería cristiana: una, que la union ha de ser en las enseñanzas del Papa; y otra que la union ha de ser bajo la direccion del Papa y los Obispos. Porque «la defensa de la Religion Católica,» dice el Papa, «exige necesariamente la unidad de todos y suma perseverancia en la profesión de las doctrinas que la Iglesia enseña, procurándose en esta parte que nadie haga del que no ve las opiniones falsas, ó las resista con más blandura de la que consienta la verdad;» porque «para que la union de los ánimos no se quebrante con la temeridad en el recriminar,» es preciso que «entiendan todos que la integridad de la verdad católica no puede en ninguna manera subsistir con las opiniones que se allegan al naturalismo ó al racionalismo, cuyo fin último es arrasar hasta los cimientos la Religion cristiana, y establecer en la sociedad la autoridad del hombre, postergada la de Dios» (1).

Bien sé que el pueblo español ha perdido mucho en medio siglo; si las cosas siguieran como están, no sé si dentro de veinte ó treinta años sería tarde; pero ahora os digo, vosotros lo sabéis, nadie, conociendo á España, puede dudarle, que los católicos unidos y compactos en la verdad, en toda la verdad y no

(1) Enc. *Immortale Dei*.

más que en la verdad, con sus Prelados al frente, serían incontrastables. Tras del Papa y los Obispos, tras de la doctrina por ellos enseñada, irá la inmensa mayoría de los españoles; irán muchos que hoy viven apartados de la lucha, ó abatidos por los desengaños ó entumecidos por el egoismo; irán muchos que hoy están con nuestros enemigos, y ante el Papa y los Obispos no podrán hallar distingos ni sofismas con que acallar la conciencia; sus mujeres y sus hijas los empujarán á la pelea; nadie podrá engañarse diciendo que somos una de tantas banderías políticas y que nos arrastra un interés personal ó una ambicion bastarda; será evidente, será innegable, no habrá modo de poner en duda que somos los católicos españoles que vamos, con el Papa y los Obispos á la cabeza, á reivindicar la soberanía social de Jesucristo, los derechos y la supremacía de la Iglesia, el poder temporal del Romano Pontífice.

Yo por mi parte, y en mi caso están muchos, acaño en esto mi voz sea eco, aunque débil y apagado, de muchísimos españoles, creo no tener nada, absolutamente nada que sacrificar á la union de los católicos. Por la misericordia de Dios soy católico, soy español, y no soy ni quiero ser ninguna otra cosa. No soy de Apolo ni de Cefas, y siguiendo al gran marqués de Lombay, no quiero servir á señor que se me pueda morir. Soy, lo primero de todo, de Cristo y de su Iglesia; de mi patria despues: y á mi patria la amo con todo el amor natural con que ama un hijo á su madre; y además y sobre todo, porque mi patria ha sido el pueblo que más y mejor ha servido á Cristo entre todos los pueblos de la tierra. Yo no tengo más bandera que la bandera española, si encima lleva la Cruz de Cristo, y toda ella está llena del espíritu de Dios y de las enseñanzas de la Iglesia. Pero si fuera de eso, y sin yo saberlo ni advertirlo, hubiera en mí algo que no fuera eso, algo mio propio y personal, ahí lo arrojo, quédese ahí, no lo quiero.

«El árbol maldito de las modernas ilusiones,» como dice un Prelado insigne, «el árbol de la ciencia del bien y del mal de este pretendido Paraiso» moderno, «el árbol de la soberbia» «ha crecido» «tanto» «y tan frondoso se ha hecho,» «que en sus ramas, como en el de los sueños de Nabucodonosor, anidan todas las aves del cielo, y á su sombra descansan y se recrean todos los hombres y las bestias de la tierra.» «Alzándose altanero hasta las nubes, ese árbol ha provocado los rayos de las divinas venganzas.»

El Romano Pontífice lo ha condenado; el Vicario de Jesucristo

prosigue el insigne Prelado, «nos ha dicho con apostólico celo y entereza:» «arrojaos sobre el árbol y disipadle.» «Cortadle y hacedle astillas; desmochad sus ramas, sacudid sus hojas, des- parramad sus frutos; huyan las bestias que están debajo de él y las aves que anidan en sus ramas; extirpad las raíces hasta que conozcan los vivientes que el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres, sobre los Estados.» «No se contenta el Romano Pontífice con que sus hijos no coman del árbol maldito, con que no descansen á la sombra de sus hojas, que es sombra de muerte, sino quiere más, anhela más, preceptúa más; y es que todos nos unamos y aprestemos para cortar el árbol infausto, para convertirle en astillas; extirpar sus raíces; en una palabra, para destruir totalmente el liberalismo (1).

Y nosotros obedeceremos. No querrá Dios que sea estéril, no querrá Dios que sea efímera é inútil esta union convocada por el Vicario de Jesucristo, presidida por sus Apóstoles, celebrada al pié del Pilar santo de la Virgen Inmaculada que prometió que aquí prosperaria y no se acabaria la fe. Y

¡Ruja el infierno,
Brame Satán,
La fe de España
No morirá!

De aquí saldremos todos y nos lanzaremos, como falange, á defender á nuestro Padre el Pontífice Rey, á defender á la Iglesia de Dios, á pelear, unidos y compactos y hasta la muerte, por el Corazon de Jesus, á la mayor gloria de Dios.

(1) *Carta Pastoral del Venerable Obispo de Cartagena acerca del liberalismo*, de 3 de Marzo de 1889.

